

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

# **Exclusión social y metodologías cualitativas de investigación. Revisando las perspectivas desafiliatorias a partir de una etnografía con personas sin hogar en Madrid.**

Santiago Bachiller.

Cita:

Santiago Bachiller (2009). *Exclusión social y metodologías cualitativas de investigación. Revisando las perspectivas desafiliatorias a partir de una etnografía con personas sin hogar en Madrid. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1155>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# **Exclusión social y metodologías cualitativas de investigación**

**Revisando las perspectivas desafiliatorias  
a partir de una etnografía con personas sin hogar en Madrid**

***Santiago Bachiller***

*CONICET/UNPA-UACO*

*santiago.bachiller@gmail.com*

En el presente, las teorías sobre la exclusión social se han constituido en la forma dominante de nombrar, interpretar e intervenir sobre los procesos de vulnerabilidad social. Dichas teorías se articulan en torno a un supuesto: la exclusión como sinónimo de desafiliación, como un quiebre que distancia a determinados sujetos del mercado de trabajo y de las sociabilidades primarias. Tal ruptura sería equivalente al desarraigo territorial, al desmoronamiento de la cohesión social, al aislamiento social de los individuos.

La ponencia pretende discutir con este supuesto. Para entender en qué consisten los procesos de exclusión social, no sólo debemos analizar los momentos de crisis, sino también la cotidianidad en el ámbito de exclusión, la socialización en un entorno marcado por la precariedad. El primer límite implícito en las perspectivas desafiliatorias se asocia con el excesivo énfasis puesto en los procesos de ruptura social, el cual dificulta el estudio de los procesos de reafiliación, los modos en que las personas recomponen su subsistencia material y sus vínculos sociales en un contexto de exclusión.

Asimismo, las perspectivas desafilatorias en buena medida son consecuencia de dos opciones epistemológicas. En primer lugar, responden a un enfoque institucional de los fenómenos sociales; el corte, el quiebre desafilatorio, siempre es computado tomando a las instituciones más tradicionales como referencia –la familia, el mercado formal de empleo, los sindicatos, etc. En segundo término, las visiones desafilatorias se han basado casi exclusivamente en metodologías cuantitativas. Por el contrario, este trabajo gira en torno a una etnografía realizada durante más de tres años con personas que residen en las calles de Madrid, España. Así, la ponencia supone evaluar los enfoques desafilatorios a partir de un estudio etnográfico con una población específica, como es el caso de los sin techo.

## 1. EXCLUSIÓN, DESAFILIACIÓN, Y EL ÉNFASIS EN LOS PROCESOS DE RUPTURA SOCIAL

Las teorías sobre la exclusión social surgieron en Francia en la década de 1980, y se propagaron por Europa y América en los 1990. Su contexto de origen es la crisis del petróleo de los años 1970, el cual hizo tambalear el modelo de desarrollo y producción dominante. A mediados de los 1980 el desempleo se extendió de forma dramática por toda Francia, afectando a sectores sociales que hasta entonces se consideraban amparados por las protecciones propias del Estado de Bienestar y un mundo de pleno empleo.

Robert Castel (1997), principal exponente de estas teorías, concibe a la exclusión a partir de dos variables que se complementan: la integración del sujeto gracias al trabajo y la inscripción en redes de sociabilidad. Estos enlaces califican tres zonas de cohesión social: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera supone una conexión exitosa con el mundo del empleo y con los lazos familiares. En la franja de vulnerabilidad comienzan las turbulencias, pues se caracteriza por la precariedad laboral y por una fragilidad en los soportes relacionales. La exclusión, en tanto sinónimo de desafilación, es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relacionales y de protección social. El excluido o desafilado, es el individuo desligado de las redes básicas de sociabilidad y distanciado del mercado formal de trabajo.

En definitiva, estas teorías se organizan sobre la base de un supuesto: la exclusión sería consecuencia de una ruptura que distancia a determinados sujetos del mercado de trabajo y de los lazos sociales. La exclusión equivale a la desconexión social, a un desarraigo territorial que genera una pérdida del sentido de pertenencia respecto de la sociedad así como un proceso de

desmoronamiento de las subjetividades. Su trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social. La exclusión supera la dimensión económica para centrarse en la disolución del tejido social, considera que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento social. Desde tal perspectiva, se sostiene que la reestructuración del mercado de trabajo, conjuntamente con el proceso de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que conlleva una fuerte amenaza en lo que respecta a los lazos tradicionales de solidaridad social.

En esta ponencia se sostiene que el énfasis desmedido en las rupturas dificulta el análisis de los procesos de reafiliación. Los quiebres, las crisis, son los puntos nodales de las perspectivas desafilatorias. Así, la metáfora de “la caída en desgracia” –el comienzo de la estadía en la calle en el caso de los *homeless*- se constituye como el elemento disruptor que permite delimitar dos fragmentos temporales claramente distinguibles: el pasado o la situación previa en tanto período de “normalidad”, y el presente-futuro entendidos como la etapa instaurada a partir del salto al vacío (Paugam, 2007). Por consiguiente, una primera crítica a estas visiones desafilatorias reside en la centralidad que adquiere la noción de ruptura.

En primer lugar, quienes se ven forzados a residir en la vía pública no siempre explican su situación como un quiebre negativo y abrupto de la cotidianidad. Para más de una persona sin hogar resulta imposible distinguir una fecha, un punto que señale el origen de sus desgracias. Por el contrario, esta gente alude a una temporalidad marcada por las crisis recurrentes, refiere a un largo proceso donde carece de sentido recordar la primera vez que se pernoctó en la vía pública. Además, muchos de los sin techo que poseen alrededor de 60 años de edad y crecieron en una España repleta de penurias, a lo largo de toda su vida apelaron a la vía pública como espacio de sociabilidad cotidiana, como el sitio donde lograr la subsistencia diaria y entablar amistades. En definitiva, la noción de ruptura dificulta la posibilidad de distinguir entre las “desigualdades tradicionales” –la pobreza histórica, la cual supone un lastre que se trasmite de generación en generación- y las “desigualdades dinámicas” –protagonizada por los “nuevos pobres”, por quienes padecen un proceso de exclusión reciente (Fitoussi y Rosanvallon, 1997). La noción de desafilación, ¿permite analizar los procesos de precariedad social que afectan al primer grupo?

En segunda instancia, el concepto de desafilación ha tenido tanto éxito que ha orientado los estudios hacia las rupturas, silenciando los procesos de reafiliación. El énfasis en la desafilación nos ha impedido indagar en las redes generadas en el contexto de exclusión, en las relaciones sociales

que permiten la subsistencia material y emotiva en un entorno marcado por las penurias. En buena medida, ellos es así pues la noción de desafiliación posee un límite intrínseco: parte de una visión institucional de las relaciones comunitarias, centra su atención en las organizaciones sociales más clásicas. Es significativo que H. Bahr (1973), principal exponente de las perspectivas desafilatorias en los estudios sobre los sin techo, se preocupe por comparar el nivel de afiliación de las personas sin hogar con otros grupos poblacionales. Los parámetros que le permiten realizar tales mediciones consisten en el grado de contacto que el sujeto tiene en un período de tiempo dado con instituciones puntuales: la familia, el mercado de trabajo, asociaciones recreativas, sindicatos, etc. Preocupado por la conexión que los *homeless* sostienen con las instituciones tradicionales, Bahr y los enfoques desafilatorios olvidaron las potenciales alternativas de reafiliación que se generan en el contexto de exclusión.

La dimensión laboral constituye un ejemplo significativo al respecto, pues las visiones desafilatorias se encuentran estrechamente ligadas con las definiciones oficiales sobre el trabajo. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de antemano a partir de un contrato legal (Martínez Veiga, 1989). Dichas visiones restringidas de qué es un empleo, limitadas al mercado formal de trabajo, impiden destacar un aspecto vital en las situaciones de exclusión: los procesos de reafiliación, las tácticas materiales de subsistencia y adaptación. Por el contrario, si tomamos una definición más amplia del trabajo e incluimos las diversas modalidades de economía informal, la imagen de los excluidos como desafiados comienza a tambalear. El trabajo de campo etnográfico con personas sin hogar nos lleva a afirmar que es a través de actividades como la búsqueda de materiales en la basura o la venta ambulante en la vía pública que estos grupos sociales subsisten diariamente en un contexto adverso. De tal modo, la distancia con el mercado formal de empleo no equivale a una distancia con el trabajo en sí mismo.

No obstante, las imágenes de ruptura y aislamiento también son consecuencia de las metodologías con las cuales trabajaron los teóricos de la desafiliación. Poniendo a la situación de quienes residen en las calles españolas como caso de análisis, resulta significativo que prácticamente la totalidad de la información disponible haya sido obtenida a partir de encuestas realizadas a los usuarios de los servicios sociales destinados a estas poblaciones. Dichas encuestas poseen una serie de límites que podrían ser subsanados a partir de un enfoque etnográfico.

Primer ejemplo al respecto: cuando en una encuesta se pregunta a un sin techo si posee amigos, si cuenta con apoyo, por lo general contestará negativamente. Tal respuesta dice más sobre cómo las personas se sienten, sobre la soledad como un elemento subjetivo, que sobre los contactos diarios. Por el contrario, a partir de la observación participante en el contexto de exclusión, constatamos que esa misma persona desayuna todas las mañanas en un bar que se ubica a metros de donde pernocta, dedica buena parte del día a conversar con el empleado que atiende un kiosco, charla con la vecina que saca a pasear a su perro por la plaza donde reside, dialoga unos minutos con el barrendero del barrio, interactúa con otros *homeless*, etc. Gracias al trabajo etnográfico es posible detectar una serie de vínculos que, si bien pueden ser tenues, resultan una fuente de apoyo material y emotiva vital para el sin techo. Es a partir de dichas relaciones, menospreciadas por los enfoques desafilatorios, que se estructuran los procesos de reafiliación en el contexto de exclusión. Más aún: es de destacar cómo los procesos de reafiliación dependen de la conformación de redes sociales y del arraigo territorial. Contradiendo las perspectivas desafilatorias, las prácticas de los sin techo se articulan en un espacio concreto, se organizan en torno a las redes que esta gente ha establecido con los comerciantes o vecinos que residen en el barrio donde se han instalado al caer en desgracia.

Llamativamente, en España ningún estudio sobre la situación de los sin techo ha tomado a la vía pública como eje de análisis. ¿Cómo analizar este fenómeno social sin indagar qué ocurre en el espacio donde los *homeless* pasan la mayor parte de sus vidas? A nivel discursivo, debemos considerar que los relatos no son simples representaciones del mundo sino que forman parte del mundo que describen y, por lo tanto, son formados por el contexto en donde se despliegan dichas narrativas (Hammersley y Atkinson, 1994). Con relación al ejemplo que mencionamos anteriormente sobre la soledad de los sin techo como elemento subjetivo/objetivo, debemos comprender que, al no poseer un contexto como información de trasfondo, las encuestas no siempre distinguen entre las narrativas como información —el contacto o el aislamiento como dato— y como perspectiva —la opinión del sujeto sobre dicho contacto o aislamiento. Por otra parte, aspectos claves en los procesos de reafiliación, como las formas en que los individuos se relacionan entre sí, los códigos de calle y las particularidades que nos permiten hablar de forma genérica de “las personas sin hogar”, no pueden ser recreados con toda su complejidad mediante una encuesta o una entrevista. La subjetividad y sociabilidad de los *homeless* se conforma a partir de la experiencia y la interacción diaria en el entorno de calle. ¿Cómo analizar dichos procesos limitándonos a una encuesta? Más aún: a los Albergues o Centros de Acogida se aproximan individuos solitarios, cuando en la calle prevalece la tendencia a congregarse. Así, al adoptar una metodología centrada en las encuestas a los usuarios de los recursos, la mayoría de los estudios han tenido en cuenta una

gama muy reducida de contextos en los cuales se desenvuelven los sin techo, y ello ha potenciado los discursos que destacan el aislamiento social.

## 2. CONCLUSION

A la hora de abordar los procesos de precariedad social, las teorías sobre la exclusión social se han convertido en la perspectiva dominante. Con un origen marcado por la tradición francesa, dichas teorías se articulan en torno al concepto de desafiliación, el cual supone ligar a la exclusión con el quiebre que distancia a determinados sujetos del mercado formal de empleo y de las sociabilidades primarias.

Los enfoques desafilatorios orientan los reflectores hacia las imágenes de aislamiento y desarraigo, y ello es así como resultado de ciertas decisiones epistemológicas. Tomando a la información sobre personas sin hogar disponible en España como ejemplo de análisis, constatamos como las tesis desafilatorias guardan relación con una visión institucionalista de los fenómenos sociales, así como con el predominio absoluto de las metodologías cuantitativas. Estos enfoques poseen enormes dificultades a la hora de detectar las diversas formas de afiliación presentes en el contexto de exclusión; han puesto un énfasis tan desmedido en las rupturas, que han sido incapaces de abordar los procesos de reafiliación. Si la situación de exclusión es producto de una serie de quiebres que distancian a los sujetos de instituciones básicas como son el trabajo o la familia, lo cierto es que dichos individuos afrontan los problemas cotidianos a partir de una recomposición de sus lazos sociales. En definitiva, para las personas sin hogar, y especialmente para aquellos que se niegan a entrar en contacto con los servicios sociales, las redes barriales son el principal recurso de subsistencia y adaptación material y emotiva frente a un ambiente dominado por las penurias. Pero dicha situación no suele ser reconocida desde las visiones desafilatorias, y ello tiene consecuencias epistemológicas y políticas.

Epistemológicas por que nos conduce a interpretar los procesos de vulnerabilidad social en términos de individuos aislados, cuando en la calle constantemente se forman grupos de *homeless*, cuando estas personas se vinculan con vecinos del barrio. Las visiones dicotómicas que nos presentan un panorama de “incluidos” o “excluidos” simplifican en exceso una realidad social que, por el contrario, se caracteriza por una enorme gama de matices; existen múltiples formas de estar “incluidos” o “excluidos”. Al considerar los procesos de reafiliación comenzamos a comprender que la exclusión social se asocia con los modos de inserción, con la naturaleza del vínculo que

conecta al *homeless* con los vecinos del barrio, con otro sin techo, con un trabajador social, etc. A su vez, privilegiando los procesos de reafiliación detectamos un aspecto clave de la exclusión: la enorme dificultad por escapar del círculo de precariedad en el que se ve encerrado el sujeto. En los sin techo, los años de cotidianidad en la calle dejan huellas imborrables. Quienes durante mucho tiempo aprendieron a subsistir de lo que obtienen en la vía pública y han estructurado su sociabilidad en la calle, presentan serias dificultades a la hora de iniciar lo que los trabajadores sociales denominan como un “proceso de reinserción”. La exclusión no se liga únicamente con la distancia respecto de las instituciones básicas de la sociedad, sino también con la socialización diaria en un entorno repleto de desventajas.

En cuanto a las consecuencias políticas, el presupuesto que identifica a la exclusión con la ruptura de los lazos sociales caló tan hondo, que incluso terminó imponiéndose en las modalidades de intervención. No casualmente las políticas propias de un paradigma como es el de la exclusión se presentan en términos de “Programas de Reinserción”; la idea subyacente es la de reinsertar en el tejido social a individuos supuestamente problemáticos que se desengancharon de las dinámicas sociales. Organizados en torno a la noción de desafiliación, ha dichos programas se les suele pasar por alto lo siguiente: si cientos de *homeless* no acuden a los recursos sociales es debido a su capacidad para afrontar la subsistencia a partir de las redes que han estructurado en los barrios. En España, los servicios sociales para *homeless* están diseñados para enfrentarse a individuos aislados, no así a grupos de sin techo que acampan o se mueven juntos por la ciudad. Paradójicamente, las posibilidades de afrontar con éxito un “programa de reinserción” se ven condicionadas por la sociabilidad y la economía informal que los sin techo han establecido en los territorios donde residen.

Probablemente, uno de los motivos por el cual la atención recae en el sujeto aislado consista en la dificultad de captar la existencia y la importancia de las redes sociales en la vida de los *homeless* a partir de una metodología cuantitativa. Incluso cuando los estudios de corte cuantitativo son capaces de detectar dichas redes, no logran considerar cómo fluctúan las mismas, cuáles son los códigos a partir de los cuales se rigen los grupos de “excluidos”, etc. Los procesos de conformación de subjetividades se producen bajo el amparo de dichas redes; son las sociabilidades que allí se establecen, enmarcadas por el contexto de calle, las que moldean las formas de representar la realidad y las conductas de las personas sin hogar. Para superar tales límites epistemológicos y políticos es preciso complementar las metodologías cuantitativas con enfoques cualitativos, tales como la etnografía.



## **Bibliografía**

○